

Disposiciones personales ante el discernimiento comunitario

Toni Catalá e Ignacio Boné

Basta una personalidad excéntrica, agresiva o cínica en una comunidad para echar por tierra la posibilidad de un discernimiento en común (P. Peter Hans Kolvenbach, 1986).

Quienes participan en el discernimiento deben cultivar su libertad interior, es decir, su desapego a lo propio, para asumir lo que es el bien mayor en la perspectiva del Evangelio (P. Arturo Sosa, 2017).

Desde hace ya un tiempo el discernimiento en común se percibe como urgencia para la iglesia y para las instituciones religiosas. Recientemente el papa Francisco ha insistido en la necesidad del discernimiento para toda la Iglesia y nos ha encomendado a los jesuitas –y podemos decir a la familia ignaciana– contribuir a difundir el discernimiento en la vida eclesial.¹ Parece que hay problemas que se resisten a ser enfocados sólo con una disciplina vertical y que tampoco se resuelven sólo con discusiones...

Las recientes Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús y las cartas de sus generales muestran una conciencia creciente de la importancia del discernimiento en común. El P. Arrupe en 1971 ya animaba explícitamente iniciativas en este sentido, quince años después, el P. Kolvenbach (1986) recogió información de superiores de todas las provincias sobre este tema y lo sintetizó en una interesante carta, el P. Nicolás también impulsó en 2009 un encuentro sobre discernimiento en común. Ahora el P. Sosa ha recogido el encargo de la CG 36 y ha escrito una carta a toda la Compañía (27/9/2017) animándonos a ahondar en el discernimiento en común como algo inseparable de la planificación apostólica. Parece que los últimos cincuenta años muestran este deseo de encontrar caminos y que, aunque hay obstáculos y dificultades serias, se insiste porque se sigue viendo como

¹ “Sobre todo, denles lo que han recibido de los Ejercicios: la sabiduría del discernimiento. La Iglesia hoy necesita crecer en la habilidad del discernimiento espiritual”. PAPA FRANCISCO, Coloquio privado con jesuitas en Polonia, julio 2016, disponible en: <https://loiolaxi.wordpress.com/2016/08/26/coloquio-del-papa-con-los-jesuitas-polacos/>

algo crucial.² Llevamos medio siglo viéndolo como algo “urgente”, parece pues que no resulta fácil y que sigue siendo necesario profundizar en nuestras resistencias.

Kolvenbach recogía ya en su escrito de 1986 muchas de las dificultades teóricas y prácticas con las que el discernimiento en común se choca... En la memoria de algunos queda su constatación de las limitaciones personales que hacen que, en muchos casos, no se den los mínimos ignacianos para una búsqueda en común de la voluntad de Dios. Se recuerda su pregunta: “¿No se debe reconocer... que basta una personalidad excéntrica, agresiva o cínica en una comunidad para echar por tierra la posibilidad de un discernimiento en común?” Reconociendo esta verdad, vamos a intentar reformular la reflexión sobre estas disposiciones personales en un modo positivo y que abra caminos pedagógicos. Vamos a volver a algunas fuentes ignacianas que iluminan cómo cultivar cierta disposición personal que haga posible el discernimiento en común.

Condición previa: Pasión por Cristo y desear “vestirse de la misma vestidura”

Primero hay que cultivar lo obvio pero imprescindible: tener de frente a quien es la referencia central de nuestra vida y misión como creyentes al estilo de Ignacio. En ese sentido recogemos sólo una formulación en la propuesta de Ignacio en el *Examen* de los candidatos a la Compañía de Jesús: “ayuda y aprovecha en la vida espiritual, aborrecer en todo y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado”. Dice que “los que van en espíritu” desean intensamente “vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor”... hasta, como ya dice en la tercera manera de humildad [*Ej* 167], desear por Él y por seguirle “ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer y imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea” [*Examen Co* 101]. Este es el horizonte de deseo –o al menos deseos de deseos– al que volver para no perder perspectiva en cualquier discernimiento cristiano.

² ARRUIPE, P., “Sobre el discernimiento espiritual comunitario (25.12.71)”, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981, 247-261; KOLVENBACH, P.-H., “Sobre el discernimiento apostólico en común”, *ARSI*, 19, Roma, (1987), 700-720; NICOLAS, A., “Discernimiento apostólico en común”, *CIS XL* (2009), 9-21.

Primera condición: Configurar la vida desde la gratitud y la gratuidad

El examen ignaciano –como actitud y no sólo como práctica– se reconoce como la puerta de entrada al discernimiento. Antes de entrar en las reglas o criterios de discernimiento que nos propone Ignacio en los Ejercicios es conveniente detenerse en la “llave” para abrir la puerta de entrada en el camino de una vida conducida por el Espíritu del Señor. Si no se abre esta puerta no habrá discernimiento sino un alambicado serpentín que siempre nos devuelve al punto de partida: iremos sólo del yo al yo, aunque demos complicadas vueltas. El examen ignaciano abre un territorio nuevo de gratuidad donde se pueden superar los miedos, dejar espacio a otras perspectivas, estar abiertos a la novedad y libres para el cambio... La llave al espacio del discernimiento es el examen de conciencia entendido en su profundidad ignaciana.

“Examinar” en la espiritualidad ignaciana es adiestrarse para configurar la vida desde la gratuidad. El primer punto y fundamental del examen es dar gracias a Dios por los beneficios recibidos [Ej 43]. Este primer punto, tan obvio en la formulación, no lo es tanto en la vida cotidiana y en nuestro modo de estar en ella. Para Ignacio los beneficios recibidos no son una abstracción espiritual, son los dones de “creación, redención y dones particulares” [Ej 234]. Los dones recibidos son: la vida (creación), el encuentro con Jesús (redención) y la “gracia” personal e irrepetible con la que vivimos la vida y el seguimiento (don particular).

Cuando por miedo a la muerte nos aferramos a la vida y olvidamos que somos una “chispa” de la creación que mañana se puede apagar, caemos en una esclavitud mortal. El que es esclavo no puede discernir, si tiene miedo a muertes o pérdidas, se aferra a sus posesiones materiales o inmateriales y se cierra al cambio. Cuando la vida es un don, se vive de otra manera. El dar gracias por la vida para adiestrarse en el discernimiento es mirar la muerte de cara y decirle cada día que no tiene la última palabra. Es necesario pasar por este vértigo, pasar esta frontera para ser hombres de discernimiento. Vivir lo cotidiano como nuevo, como regalo y don, es clave para no aferrarnos a nada y poder discernir por donde nos guía el Espíritu.

Cuando se dan gracias por los beneficios recibidos comienza el discernimiento y caemos en la cuenta (“demandamos cuenta al ánima” [Ej 43]) de los pecados como desenfoces, exigencias e intransigencias, engreimientos y orgullos. La gratitud conduce a una conversión sana para vivir no desde lo que el mundo “ama y abraza” sino desde lo que Dios ama y abraza. Sin esta actitud de examen no puede haber discernimiento.

Vivir lo cotidiano como nuevo, como regalo y don, es clave para no aferrarnos a nada y poder discernir por donde nos guía el Espíritu.

Como bien dice en su carta el P. Arturo Sosa, esto se traslada de modo evidente al discernimiento en común: “No basta con la evaluación sistemática de nuestro apostolado. Es necesario completarla desde la perspectiva espiritual del examen por el que Ignacio nos invita a reconocer la acción de Dios en la historia, agradecer sus beneficios...” Y del examen personal se pasa, con cierta facilidad, al examen de lo común: “Es necesario combinar el examen personal de cada participante con el examen de lo que sucede en el grupo” y “como aprendemos a percibir nuestros movimientos interiores, el discernimiento en común nos exige desarrollar la capacidad de percibir e interpretar los movimientos espirituales del grupo que está a la escucha del Espíritu para hallar la voluntad de Dios”.

Segunda condición: “Mudarse intensamente” contra la desolación personal o institucional

52

Desde la actitud y práctica del examen y desde la gratuidad y la conversión a la que conduce, podemos entender las reglas de discernimiento que nos propone Ignacio de Loyola. Si no se vive en un talante de examen la práctica del discernimiento será un ejercicio de complejas sutilezas sin sentido o un falso ejercicio “espiritual” de ociosos y, entonces, mejor no hablar de discernimiento comunitario ni apostólico.

No se trata aquí de hacer ahora un comentario de todas las reglas de discernimiento ni tampoco se trata de considerar la aplicación de las reglas en su contexto más genuino que son los Ejercicios Espirituales. De lo que se trata es de retomar el talante que deben generar dichas reglas en la persona que ha hecho Ejercicios, para adiestrarse en el discernimiento personal y disponerse para el comunitario y apostólico. La primera perspectiva es muy global pero muy significativa: el objetivo del discernimiento es no instalarse en la desolación sino en la consolación, en la alegría del Evangelio.³ La desolación invita a la pasividad o mueve a opciones que separan más de Dios y de su misión. Discernir personal o comunitariamente, sabiendo nuestros límites y sin maximalismos, exige ser activos contra la desolación y “pedir insistentemente” la verdadera consolación.⁴

³ PAPA FRANCISCO, “Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*”, en AAS 105 (2013), 1019-1137.

⁴ Ver: PAPA FRANCISCO, Discurso a los participantes en la 36 Congregación General de la Compañía de Jesús (24/10/2016), disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/october/documents/papa-francesco_20161024_visita-compagnia-gesu.html

La consolación anima al seguimiento de Jesús con alegría, pero seguimos al Señor Jesús en muchas realidades que se perciben como desoladas. A poco que uno no se encierre en una comunidad blindada, ante lo que acontece en este mundo nuestro, nota y siente lo que Ignacio llama desolación: “oscuridad del ánimo, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud a varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor” [Ej 317]. Nuestro tiempo es percibido en muchos ambientes cristianos como una realidad desolada y provoca la tendencia al abandono, al bloqueo o, lo que es peor, se entra en dinámicas de lamento persistente y mortecino. La Exhortación del Papa Francisco “La alegría del Evangelio” es una invitación a que la Iglesia no se instale en la desolación.

En la dinámica de Ejercicios las reglas de primera semana se dan para tener destrezas en discernir que la consolación es un don que hay que recibir y la desolación es para “lanzar” [Ej 313]. La desolación no se puede equiparar a la consolación, si equiparamos al “buen espíritu” con el “mal espíritu” y les damos la misma consistencia teológica caemos en un maniqueísmo de consecuencias dramáticas en la vida cotidiana, estamos abocados al fatalismo. Pero es posible el “intenso mudarse contra la misma desolación” [Ej 319] Lo que no se puede es estar en el seguimiento sin poner de nuestra parte para discernir en la realidad desolada.

Dice Ignacio que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos pero que mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, de tres modos: más oración, mucho examinar y algún modo conveniente de hacer penitencia [Ej 319]. No es un asunto de voluntarismo, no es un esfuerzo tenso que no va a ninguna parte sino al rompimiento personal, se trata de poner de nuestra parte para percibir que el tiempo desolado es un tiempo que no está dejado de la mano de Dios. Veamos las tres propuestas de Ignacio

a) Mucho examinar: escuchar otras palabras

Precisamente porque el tiempo desolado se percibe como un tiempo sin gracia, desgraciado, es bueno recordar todo lo dicho antes sobre el examen como llave del discernimiento. No se trata de dedicar más tiempo a mirarnos “por dentro” sino de percibir que cuando perdemos la dimensión de gratuidad somos nosotros los que cambiamos la mirada sobre la realidad y la cerramos al Espíritu.

Además de la gratitud imprescindible, examinar más supone dejar entrar otras palabras, informaciones, puntos de vista. Examinar no es saber de todo pero sí disponernos a enterarnos, a estar “avisados”, a preguntarnos por nuestras fuentes de información, a sospechar de nuestras convicciones inamovibles. Examinar abre espacio a escuchar al otro en verdad, dejándole espacio sin miedo. Lo que es evidente es que el pensamiento único y autosuficiente, el lamento y el derrotismo alimentan la desolación. En broma, pero con algo de verdad, algunos hablan de la “escucha jesuítica” como escuchar rebatiendo ya interiormente al que habla. Frente a esta actitud, para discernir en común es preciso escuchar salvando lo más posible “la proposición del prójimo” [Ej 22].

b) Instar más en la oración: también en Getsemaní

Cuando mucho se examina más situaciones y gentes caben en nuestra oración. Cuando se examina y se analiza el tiempo desolado nuestra oración se llena de personas y situaciones, se dinamiza porque deja de ser una oración centrada en el yo. Este instar más en la oración nos lleva a referir nuestro tiempo desolado a la Buena Noticia en su totalidad: vida-muerte-resurrección del Señor. El reto es saber orar con Jesús desde el Getsemaní personal e histórico.

Cuando todo nos va bien es posible que orar sea dedicar tiempo a la tranquilidad y al sosiego, situarnos delante del Dios de la vida y disfrutar de ser criatura. Cuando se barrunta la desolación personal o se viven situaciones desoladas entonces parece que el buen Jesús desaparece, entonces o se deja de orar para caer en la frustración, o bien se invoca a una falsa divinidad a la que se le piden atajos que nos eviten el conflicto y la desolación... Esta invocación aún provoca más frustración. En la vida no hay atajos.

En tiempos desolados vivir la oración en Getsemaní y ante el Cristo puesto en Cruz, supone el abrirnos al misterio último del Dios que entiende del sufrimiento de sus criaturas. Instar más en la oración supone asumir el dolor del amor por las criaturas. En tiempos desolados descubrimos la “redención” de falsas imágenes de la divinidad y el deseo de seguir a Jesús se hace más hondo y real.

c) Hacer penitencia: discernir desde la abnegación

Penitencia, mortificación o abnegación, son palabras que en nuestra cultura parecen feas y de auténtico mal gusto, pero es necesario volver sobre

ellas. El intérprete de estas palabras sólo puede ser Jesucristo porque si las interpretamos nosotros, convertimos el evangelio en una mala noticia. Desde lo acontecido en Jesús, abnegarse es descentrarse para que las criaturas tengan vida. La mortificación de Jesús fue un morir a un mesianismo centrado en el yo para vivir para los perdidos de la casa de Israel.

Cuando en tiempo oscuro examinamos y oramos descubrimos la necesidad de hacer algo, de servir, de aliviar, de implicarse en algo que subsane la desolación ambiental... esto es penitencia. Se descubre que en este mundo desolado hay mucha tarea por hacer y la desolación se va “lanzando”. Instalados en el “no merece la pena”, “no sirve para nada”, “total para qué si a nadie le interesa, si seguro que no funciona”... no hay apertura al Espíritu. Pelear contra esta instalación es el objetivo de la “penitencia” en la desolación.

En la vida cotidiana es fácil alimentar la desolación. Por ejemplo, en el mundo educativo es más fácil la queja continua y victimista de cómo están los alumnos, que la “penitencia” de pararse a pensar y plantearse la inadecuación de los recursos educativos que se les ofrecen. En la desolación pastoral, es más fácil el lamento y la queja de cómo están las familias que plantearse abnegadamente la necesidad de salir de un modelo envejecido de evangelización o de acceder a ellas de otro modo.

Es bastante evidente que cuando se tiene en cuenta este criterio de discernimiento la “realidad” no cambia, pero empieza a vencerse la desolación porque nos colocamos en la realidad de otra manera y entonces vemos otras cosas y al verlas actuamos de otra manera y al actuar de otra manera la realidad sí que cambia.

Tercera condición: gracia en la desolación, superar la adolescencia espiritual

La desolación es un tiempo de prueba y también de gracia, es un tiempo que pone en crisis nuestras motivaciones en el seguimiento de Jesús, es un tiempo de depuración personal y comunitaria. Superarla es pasar la adolescencia espiritual y hacernos adultos cristianos preparados para buscar lo que Dios quiere. Ignacio nos sigue orientando en discernir sus causas y sus frutos. Ignacio habla de tres causas de hallarnos desolados: “por ser tibios, perezosos o negligentes”, “por probarnos para cuánto somos” sin tantas

Cuando nos colocamos en la realidad de otra manera, entonces vemos otras cosas y al verlas actuamos de otra manera, y al actuar de otra manera la realidad sí que cambia.

consolaciones y gracias y, la tercera, “para que internamente sintamos” que la consolación no es nuestra “mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor” [Ej 322]. Entender estas tres causas y recibir la lección de la desolación es clave para seguir en actitud de discernimiento. Veamos cada una brevemente.

a) Reconocer que hemos podido ser “tibios, perezosos o negligentes”

En el origen de muchos derrotismos, abandonos, críticas amargas, ironías y sarcasmos ante lo que acontece se encuentra algo relativamente sencillo de diagnosticar porque se trata de algo muy “normal” aunque peligroso: son distintos modos de instalarse en la pereza de un “ya he llegado donde iba”. Cuando creemos que controlamos las situaciones, que ya estoy preparado, que ya sé lo que pasa, se desencadena una dinámica muy peligrosa... Nuestra pereza y autosuficiencia nos instalan en un cinismo que, como bien decía el P. Kolvenbach, imposibilita el discernimiento. Por ejemplo, cuando un profesor sigue con su mismo esquema de trabajo, sin actualizarse, inamovible, pero no percibe que delante de él las cosas han cambiado, que los alumnos son distintos a los de hace treinta años, se producirá una dinámica desolada de conflictos, faltas de fluidez en la comunicación, victimizaciones... y en el origen de todo hubo una pereza y una negligencia. Este ejemplo se puede transportar a otros ámbitos de la realidad.

No se trata de hacer una lectura moralizante de la pereza, pero sí que se trata de caer en la cuenta de que para configurar un talante de discernimiento en el vivir cotidiano no podemos confiarnos, caer en autocontentamientos, sino que se trata de estar vigilantes.

b) Probarnos “para cuánto somos”: ser creyentes adultos

El permanecer y el durar en el seguimiento del Señor cuando la realidad se nos presenta desolada no puede estar en función del gusto o disgusto, no puede estar en función de la continua necesidad de gratificaciones. No podemos pedir que a cada momento nos digan lo bien que lo hacemos en nuestro compromiso, comunidad... En nuestra cultura esto es una auténtica dificultad, pero no podemos pedir ni al Espíritu ni a los otros que estén todos los días pendientes de nosotros. La inmensa mayoría de la gente lleva adelante su trabajo sin esperar que cada día se le diga qué bien lo hace; al contrario, cuando lo hace mal es cuando se le dice.

En muchos ambientes cristianos se puede caer en una auténtica trampa cuando se olvida que el seguimiento del Señor no está al margen del vivir cotidiano, no podemos ir al evangelio como refugio, como lugar de paz y sosiego –aunque también lo sea–. No podemos confundir la experiencia cristiana como puro bálsamo que suaviza la adversidad de la realidad. Es en la trama de lo espeso, de lo ambiguo de las mediaciones, donde también seguimos al Señor. No podemos olvidar que el ser probados es constitutivo de nuestra espiritualidad y que en la prueba surge la necesidad de discernir para una auténtica elección o –mucho más frecuente– para una reforma de vida que nos haga más evangélicos.

c) Recordar que todo es don y gracia: vuelta a la gratuidad

No está en nuestras manos la consolación. Si algo nos manifiesta el tiempo desolado es precisamente la gratuidad. El Evangelio se hace más verdad en el tiempo desolado porque nos impide manipularlo, nos impide escaparnos de la realidad con falsas evasiones. Cuando todo va bien tenemos el riesgo mortal de atribuirnos a nosotros los éxitos, de convertirnos en personas engreídas que se olvidan del punto de partida del discernimiento: el examen. Cuando nos olvidamos del examen volvemos por lo tanto a alimentar la desolación. Se trata de permanecer con ánimo y lucidez desde esta dinámica de examen, y desde los criterios que nos da Ignacio para orientarnos en la desolación y no caer en fomentarla morbosamente.

Cuarta condición: Mirar los miedos de frente y manifestarlos

“Si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo, en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra...” [Ej 325]. Para discernir es fundamental hacer frente a los temores que nos surgen, hacer frente a los miedos y fantasmas que nos construimos. Se trata de perder miedo a decirnos y decir: “yo siento esto y esto, me da miedo esto y esto”.

No podemos construir la realidad desde lo irreal temido, desde lo fantasmagórico, porque todo el proceso quedaría trucado. Si ideologizamos desde los miedos no dichos, encubrimos la realidad y nos defendemos. La “bestia feroz” es un temor que lleva a vivir en la mentira. Cuando sentimos temor y no lo abordamos damos una falsa respuesta, trucamos. No solo eso, sino que limitamos, castramos, matamos lo que acontece en la realidad. Kolvenbach ya recogía el miedo como impedi-

mento serio al discernimiento en común entre jesuitas: “En muchos se percibe el miedo al cambio o la tentación de hacer de la estabilidad el valor supremo, o también una falta de fe o un buscar la armonía a cualquier precio” (p. 56).

Por ejemplo, si nos da miedo el mundo de la pobreza y la exclusión debemos decirnos y decir que nos da miedo. Si no lo decimos e ideologizamos, matamos a los pequeños y a los últimos y desvirtuamos cualquier discernimiento sobre pobreza o apostolado social. Este temor es legítimo, no todos valemos para todo y si lo asumo honestamente dejo hueco para aquellos que no sienten miedo. Si lo desautorizo diciendo “no vale la pena”, “no hay nada que hacer”, “es perder el tiempo”, o hasta teologizo los miedos, “Dios quiere a todos igual”, o me defiendo atacando, “los que están con los pobres se buscan a sí mismos”... se bloquea todo el proceso. Y así pasa con otros miedos al fracaso intelectual, a la cercanía afectiva. Pueden ser una “bestia” que si no se manifiesta y se confronta en su origen bloquea toda posibilidad de clarificar caminos y mociones espirituales. Es un asunto de lucidez porque si no, maltratamos demasiado a los otros y a la realidad a costa de nuestros temores no confesados.

Aparte de decirse a uno mismo los miedos, es de gran ayuda compartirlos porque como dice Ignacio, la bestia huye “porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada, al ser descubiertos sus engaños manifiestos” [Ej 326]. Comunicar es otra clave porque el seguimiento no se hace en solitario, es imposible. Los temores se nos apoderan y la realidad la distorsionamos cuando no cuidamos una buena red de comunicación. El discernir en la vida supone la dimensión de comunicación personal –contrastar de tú a tú– y comunitaria.

Condición avanzada: buscar la libertad del Evangelio (discernir falsas consolaciones)

Desde la llave que es el examen, Ignacio nos ha ido orientando en los tiempos desolados a poder seguir al Señor, pero es un hombre de sospecha y sabe que el que adquiere destrezas para orientarse en esta “primera semana” no lo tiene todo resuelto porque se puede seguir engañando en esta vida tan querida por Dios, pero endiabladamente compleja y tramposa.

Cuando ya nos encontramos “avanzados” en el seguimiento, caemos en la cuenta de la posibilidad de esos continuos engaños. Podemos confundir nuestras propias valoraciones, nuestros modos de estar en la vida y nuestros proyectos con los del Evangelio o los que nos pide el Espíritu. Lo propio de esta época es que se pueden dar consolaciones falsas. Si en la etapa

anterior Ignacio nos daba criterios para “mudarnos contra la desolación”, en este momento nos da criterios para orientarnos en la consolación. Consolación falsa quiere decir que podemos sentir alegría e ilusión por un tipo de proyecto personal, comunitario o institucional y ser del “mal espíritu” y que finalmente nos aleje de Dios y su misión.

Si todo lo anterior ha buscado la gratuidad ahora se trata de llegar a la libertad del Evangelio. Nos vamos a encontrar con una dificultad, y es que ahora se trata de discernir sobre aspectos aparentemente “santos y buenos”, sobre valores y reacciones que parecen en sí mismas evangélicas pero que pueden ser engañosas. No es “retorcimiento” jesuítico sino realidad que se le plantea a todo el que avanza en el seguimiento de Jesús. También a Jesús, el tentador le presentó unas tentaciones (Mc 1, 12-15) relacionadas con el objeto mismo de su misión que era el Reino.

Ignacio parte de algo incuestionable y es que el don del Espíritu es la alegría y el gozo [Ej 329], no es la tristeza, ni la rigidez, ni la tensión, ni el masoquismo, sino que este don es Vida. Vamos a ver cómo esa alegría y gozo, ese vivir el evangelio como un ámbito de vida, de respiro y de fraternidad solidaria, se puede perder y por dónde se pierde. Parece que se pierde “trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias.” [Ej 329]. Veamos qué puede significar este punto en la preparación para un discernimiento en común.

Jesús en el sermón del monte nos dice “que vuestro sí sea un sí y que vuestro no sea un no, todo lo que pasa de ahí es asunto del Malo” (Mt 5,37). La transparencia, la limpieza y la sinceridad sanean los ambientes y los hacen evangélicos. La media verdad, la doble intención, el jugar con la capacidad enmascaradora del lenguaje enrarece los ambientes. Muchas veces la gente sencilla no nos entiende a muchos cristianos y cristianas porque nuestros decires están cargados de sutileza y códigos de grupo. El lenguaje es territorio de sospecha y de discernimiento para que no se vuelva enmascarador. Ignacio fue un “maestro de la sospecha”: cualquier realidad que se me presenta como evangélica puede ser justificada con sutilezas del lenguaje de forma tramposa y mentirosa. Sospechar no es bloquearse, no es paralizarse, es saber que me puedo engañar y punto.

Las intenciones y proyectos “buenos y santos” a la larga pueden llevar a efectos perversos, pueden llevar a situaciones y resultados distintos de los que se pretendía [Ej 332]. De esto todos sabemos y mucho porque algunas cosas buenas a la larga se nos han convertido en dañinas. Aquí nos encontramos con una fuerte llamada a la libertad ya que el discernimiento es poner y ponernos en crisis, es someter a criba, es pleitear, es estar vigilantes y con la lámpara encendida.

Hace falta ser adultos –tener sujeto dice S. Ignacio– y tener coraje para discernir. Lo más cómodo es dejarse llevar por los tópicos al uso, temer al qué dirán de mí mismo o de mi grupo, o temer pérdidas de imagen, porque todo grupo –por muy cristiano que sea– establece sus propias pautas de funcionamiento que siempre están amenazadas de convertirse en “ley”. Se puede vivir en régimen de ley o en régimen de gracia y de libertad, no se da nunca un régimen u otro, estamos en ambos, pero es claro que el discernimiento nos lleva hacia el régimen de gracia. Discernir es un talante, no es un automatismo, no es sólo una técnica, es un proceso que dura toda la vida, es desentrañar la mentira en la que podemos caer creyendo que vivimos desde la Buena Noticia.

*Discernir es un talante,
no es un automatismo,
no es sólo una técnica,
es un proceso que dura
toda la vida, es
desentrañar la mentira
en la que podemos estar
viviendo.*

Condición de contexto: ¿El lenguaje de Dios es paz o estridencia?

Ignacio nos da un último criterio que nos deja el discernimiento abierto a la capacidad de las personas y comunidades para percibir el paso del Espíritu: “en los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua, que entra en una esponja, y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor, tocan los sobredichos espíritus contrario modo...” [Ej 335]. En todo discernimiento hace falta finura y sensibilidad para caer en la cuenta de cuándo la paz en la vida cotidiana, tanto personal como comunitaria, es una paz de “cementerio” o una paz que hace crecer.

Cuando se va creciendo en el seguimiento y se percibe una consolación que nos dinamiza, que lleva a vivir la vida con alegría, cuando se resiste a la desolación y se evitan falsas consolaciones –sobre todo con la destreza en desenmascarar engaños–, cuando los compromisos adquiridos no se ponen en cada momento en cuestión sino que se asumen en toda su complejidad, cuando no se pide a la realidad ni a los otros lo que no pueden dar, esta alegría y paz es del Espíritu. Es entonces cuando el “falso profeta” de turno inquieta y fuerza procesos que generan tensión y estridencia, que proyectan su rigidez sobre todos y todo.. En esa situación conviene discernir si es la “gota sobre roca” del “ángel malo”.

Al contrario, cuando una persona o comunidad empieza a instalarse, cree que lo sabe todo, tiende a rutinizarse, bloquea cualquier cambio por-

que “tiene que ser porque siempre ha sido así”, “no merece la pena”, “para qué si estamos tranquilos”... Si huele a paz de cementerio o de pacto con la decadencia, es entonces cuando el “profeta” que inquieta, cuestiona, critica y pleitea actúa desde “el buen ángel”. No hay ley, se trata de estimativa, de olfato, de sensibilidad.

Conclusión

Discernir es poner en crisis y pleitear con nosotros mismos, no para paralizarnos sino para abrir camino al Espíritu, a la novedad de Dios. En la medida que se configura un talante de discernimiento, la realidad se abre y se percibe que es posible vivir en ella la Buena Noticia. El discernimiento evita añoranzas paralizantes y afirma que hoy es tiempo de gracia (2 Cor 6, 2). Discernir es caer en la cuenta de que no había más Dios en otras épocas, eso es casi blasfemo. El Espíritu está presente y es posible escucharlo hoy, pero para ello tenemos que ser personas capaces de “salir del propio, amor, querer e interés” [*Ej* 189], personas abnegadas y descentradas que, en unión de ánimos, buscan lo que el Espíritu nos pide hoy.

La unión de ánimos es punto de partida y de llegada del discernimiento en común. Partimos de la unión y la pertenencia a un cuerpo –imperfecta pero suficiente– y deberíamos llegar al final no sólo no fracturando el cuerpo sino más unidos. Quizá la urgencia que experimentamos expresa el fracaso en buscar consensos entre diferentes, la creciente conciencia de pluralidad, una auténtica diversidad cultural sin dominancias de otras épocas... Quizá se hace más duro y verdad lo que afirman las Constituciones de la Compañía: “Quanto es más difícil unirse los miembros de esta Congregación con su cabeza y entre sí, por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo entre fieles e infieles, tanto más se deben buscar las ayudas para ello; pues ni conservarse puede ni regirse ni por consiguiente conseguir el fin que pretende la Compañía a mayor gloria divina, sin estar entre si y con su cabeza unidos los miembros de ella” [*Const* 655]. En este contexto “tanto más” urge ser personas de discernimiento preparadas para discernir en común.

El P. Kolvenbach sintetizaba (con base en CG 32, D. 11, 22) los rasgos necesarios en el que va a discernir en común. Tiene que “obtener y mantener las disposiciones propias de las dos primeras semanas de los Ejercicios” a través de la oración, el examen, el acompañamiento espiritual y la renovación de la práctica de los propios Ejercicios. Insistía también en un conocimiento más hondo de la realidad humana y social en la que somos llama-

dos a servir. Dicho con palabras del actual General, los participantes en cualquier discernimiento en común “deben cultivar su libertad interior”. Esa libertad es entendida como un mayor desapego de lo propio para abrirse a un bien común mayor en la perspectiva del Evangelio. ¿Cómo se realiza ese cultivo? Aquí hemos propuesto el examen

ignaciano como llave a la gratuidad necesaria y el discernimiento personal como liberador de la libertad evangélica para elegir y para reformar la vida propia y la común. Hemos presentado las reglas de discernimiento como ayuda para salir de la desolación y para discernir también la consolación sin dejarnos engañar por sutilezas, falsas razones ni falacias.

Discernir es poner en crisis y pleitear con nosotros mismos, no para paralizarnos, sino para abrir camino al Espíritu, a la novedad de Dios.

Sin ciertas disposiciones de discernimiento personal no hablemos de discernimiento apostólico o comunitario, nos podemos meter en callejones sin salida o gastar energías para nada. No se trata de purismo sino que, a medida que intentemos el discernimiento apostólico, no tendremos más remedio que caer en la cuenta vitalmente de la necesidad urgente de esas disposiciones personales. El discernimiento comunitario desenmascara excentricidades y cinismos. Para avanzar se necesita crecer en libertad interior, en desapego y en una búsqueda limpia del Evangelio.

Conviene recordar que el discernimiento es don del Espíritu a la Iglesia. Discernir es un acto de profunda eclesialidad, no es patrimonio de una espiritualidad concreta. Ignacio fue un hombre de discernimiento y un buen sistematizador que ofreció y expuso su experiencia a todos. Como familia ignaciana tenemos nuestro aporte en estos tiempos que invitan tanto a la comunión. Entre todos nos tenemos que ayudar a vivir un seguimiento esponjado, libre, que transparente que lo acontecido en Jesús es Buena Boticia... El discernimiento personal y el común nos convierten –como bien sugiere el Papa Francisco– a la alegría del Evangelio.